

grado de gusto en el vestido, una voz armoniosa, algo de franco y de festivo en el semblante pero sin risa, una manera de hablar clara y variada á propósito; todas estas y otras muchas cosas, son ingredientes necesarios en la composición del amable *no sé qué*, que todo el mundo siente aunque nadie puede explicar. Observa pues, cuidadosamente lo que te agrada ó desagrada en otros, y persuádate que, en general, las mismas cosas en ti producirán en ellos el mismo efecto. Habiendo mencionado la risa, debo precaverte muy especialmente contra este defecto. Desearía con todo mi corazón que se te viese sonreír á menudo, pero que jamás se te oyese reír inmoderadamente. La risa descompasada y frecuente es señal característica de ligereza y de modales groseros; es la manera con que el populacho expresa su necia alegría por las cosas más simples; y en mi juicio nada es más bajo ni más grosero que las carcajadas. El verdadero ingenio y el buen sentido no han hecho aún reír á nadie, porque son prendas superiores á ello; agradan al alma y esparcen la alegría en el semblante; mas lo que causa risa son las bufonadas ruines á que siempre se manifestarán superiores las personas de juicio y de educación. Un hombre que va á sentarse, creído de hallar á sus espaldas un asiento que no existe, cae boca arriba y promueve la risa de toda una asamblea, cuando las cosas más agudas del mundo no lo harían, siendo esto, á mi modo de ver, una prueba segura de lo vil é indecorosa que es la risa descompasada. Paso en silencio el ruido desagradable que la acompaña, y las deformes contorsiones que produce en el rostro (a). La risa se contiene fácilmente con una poca de reflexión; pero como en general se halla ligada á la idea de alegría, no se atiende bastante á su impropiedad. Yo no soy de un natural melancólico ni misántropo; me gusta el contento, y soy tan inclinado á él como cualquiera otro; pero puedo asegurar que desde que hago uso de mi razón, nadie me ha oído reír á carcajadas. Hay muchos que por torpeza y mal entendida vergüenza, han adquirido desde temprano la manía tonta y desagradable de reír siempre que hablan; y yo conozco una persona de muy buenas cualidades. M. Waller, que no puede decir la cosa más trivial sin reír, de modo que todo el que no le conoce, lo tiene por imbécil á primera vista. Estas y otras muchas manías, no menos desagradables, vienen de la ver-

(a) Cátulo dice:

Risu inepto res ineptior nulla est.

Tr.

güenza mal entendida cuando se principia á correr el mundo. Los jóvenes se encogen en la sociedad y se desconciertan de tal manera, que no saben qué hacer, ni qué ademán emplear para conservar su serenidad, y practican mil muecas á que quedan acostumbrados. Unos se meten el dedo en la nariz, otros se rasan la cabeza, y muchos dan vueltas al sombrero; en suma, no hay persona torpe ó mal criada, que no acuda á alguna de estas malas propiedades. Mas el gran número no justifica el abuso; y aunque todos estos hábitos y feos modales no sean ciertamente culpables, deben evitarse con el mayor cuidado, porque son un obstáculo muy grande para hacer progresos en el arte de agradar. No olvides que *agradar* es casi *persuadir*, ó á lo menos un paso indispensable para conseguirlo. Tú, que tienes que labrar tu fortuna, debes hacer un estudio particular de este arte; y debo decirte que cuando te ausentaste de aquí, no tenías *les manières prévenantes*; aunque confieso que no son muy comunes en Inglaterra; mas espero que tu buen sentido te las hará adquirir entre los extranjeros. Si deseas llegar á ser recomendable en el mundo como lo desearás ciertamente si tienes algún talento, debe ser obra de tus propias manos; porque es probable que haya yo desaparecido de la tierra á tu entrada en el gran mundo. Tu categoría y tus riquezas no te ayudarán; tu mérito y tus modales pueden sólo elevarte á la fortuna y á hacer papel en el mundo. Yo he puesto los cimientos para ambas cosas en la educación que te he dado, pero es indispensable que tú mismo levantes el edificio.

Deseo que pases muy buenas Pascuas en Lipsia, y que te diviertas en la feria. Mira con atención las tiendas, las farsas, las maromas, los circos y *hoc genus omne*; pero infórmate con más particularidad de los diversos ramos de comercio de aquel lugar. Á Dios.

LONDRES, 25 de Marzo de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Me tienen de lo más contento los informes de palabra y por escrito que he recibido últimamente de tu conducta. Los primeros son de M. Trevas que llegó aquí, y los segundos de M. Harte, queriendo ambos convencerme de que empleas muy bien tu tiempo

en Lipsia. Me alegro de que consultes hasta ese punto tu propio interés y tus placeres; porque los conocimientos que debes adquirir en estos dos años, son tan necesarios para los unos como para los otros.

Como tu ocupación principal es la historia moderna, quiero darte algunas reglas para tu gobierno en este estudio. Comienza propiamente en Carlomagno, el año de 800; pero como en aquellos tiempos de ignorancia, los clérigos y los frailes eran casi las únicas personas que sabían escribir, ó que podían hacerlo, apenas tenemos historias de aquellos tiempos que no sean las que ellos gustaron darnos, y que son compilaciones acumuladas por la ignorancia, la superstición y el espíritu de partido; así es que parece suficiente que adquieras una noción general de los cinco ó seis siglos siguientes, cuya historia contiene más bien lo que se supone que aconteció, que los hechos realmente ciertos; porque dedicar más tiempo á los minuciosos pormenores de estas leyendas, sería emplearlo muy mal. Reserva pues, tu mayor cuidado y tus más diligentes investigaciones, para el siglo décimoquinto y los siguientes. Entonces principiaron á revivir las letras y á escribirse historias creíbles; la Europa comenzó á tomar la forma que en cierto modo guarda hasta el día; á lo menos se echaron entonces los cimientos de las grandes potencias que hoy vemos. Cierto es que Luis XI hizo de Francia una monarquía, ó como él acostumbraba decir, *la mit hors de page*. Anteriormente no había en Francia más que provincias independientes, cuyos príncipes las desgarraban y tenían en continuas agitaciones domésticas. Luis XI redujo todos estos pequeños estados por medio del fraude, de la fuerza y de alianzas matrimoniales, porque empleó sin escrúpulo todos los medios que podían coadyuvar á sus fines.

Hacia aquel tiempo, Fernando, rey de Aragón, é Isabel, su esposa reina de Castilla, reunieron bajo un mismo cetro toda la monarquía española y expulsaron de ella á los moros, que hasta entonces habían permanecido dueños del reino de Granada. Por el mismo tiempo, la casa de Austria puso las bases de aquel gran poder á que llegó después, primero por el matrimonio de Maximiliano con la heredera de Borgoña, y en seguida por el de su hijo Felipe, con Juana, hija de Isabel, reina de España, heredera de todo aquel reino y de las Indias Occidentales. Por el primero de estos casamientos, la casa de Austria adquirió los Países Bajos, y por el segundo, España y América, todo lo cual recayó en la per-

sona de Carlos V. Estos matrimonios dieron ocasión para que se hiciese este distico latino:

*Bella gerant alii, Tu felix Austria nube
Nam que Mars aliis, dat tibi regna Venus (a).*

El inmenso poder de que se vió revestido el emperador Carlos V, le inspiró el deseo de un dominio universal (porque los hombres nunca intentan apoderarse del todo, sino cuando han obtenido una gran parte), que alarmó á Francia, y sembró las semillas de aquel celo y enemistad que desde entonces ha subsistido entre estas dos grandes potencias. Después la casa de Austria se debilitó por la división que hizo Carlos V de sus dominios, entre su hijo Felipe II y su hermano Fernando; y desde entonces ha ido decayendo hasta la débil condición en que hoy se encuentra. Esta es una parte interesantísima de la historia de Europa, de que es absolutamente indispensable que te halles informado con minuciosidad y exactitud.

La historia de la mayor parte de los pueblos presenta ciertas épocas muy notables, que merecen examinarse con más particularidad que el resto de los acontecimientos ordinarios. Tal es por ejemplo, la rebelión de los Países-Bajos en el reinado de Felipe II que terminó con el reconocimiento que la España hizo de su independencia por primera vez, en el tratado de Múnster. Tal es la revolución extraordinaria de Portugal en 1460, en favor de la casa de Braganza; y lo mismo digo de la famosa revolución de Suecia, cuando Christiano II de Dinamarca, que era también rey de Suecia, fué desterrado por Gustavo Vasa. En fin, tal es aquella época memorable de 1660, cuando los estados de Dinamarca hicieron á la corona una cesión voluntaria de todos sus derechos y libertades, y cambiaron aquel estado libre en la monarquía más absoluta de Europa.

(a) ¡Austria feliz! goza de los placeres del himeneo y abandona la guerra á las otras naciones; tú recibes de Venus los reinos que aquellas sólo deben á Marte. Tr.

LONDRES, 27 de Marzo de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

No temas que te sea perjudicial mi retiro de los negocios. Muchas cosas tienen que pasar antes de que te halles apto para ellos; y llegado el caso, sea cual fuere mi situación, siempre estará en mis facultades ayudarte en tus primeros pasos; después será necesario que tú mismo te ayudes con tus propias habilidades. Hazte necesario, y en vez de solicitar, serás solicitado. El conocimiento de los negocios extranjeros, los intereses, las miras y las maneras de las diversas cortes de Europa, no es vegetación común en este país. En tu mano está adquirir estos conocimientos, pues que tienes todos los medios. Á Dios. Tuyo.

LONDRES, 1.º de Abril de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Por ninguno de los tres últimos correos he recibido cartas tuyas ni de M. Harte, retardo que atribuyo únicamente á los accidentes que hayan ocurrido en el camino de Lipsia á Londres, cuya extensión es harto considerable para que deje de haberlos; pero siempre me figuro que estás bueno cuando no se me dice lo contrario. Por otra parte, ya te he dicho varias veces que me inquieta mucho más tu conducta que tu salud; y cuando no me escribes, supongo que te hallarías ocupado en algo de mayor utilidad. Tu salud continuará mientras continuare tu templanza. La naturaleza tiene á tu edad, suficiente cuidado del cuerpo, con tal de que se la deje obrar por sí misma, y que la intemperancia por un lado y las medicinas por el otro, no la descompongan. Mas con el alma sucede todo lo contrario sobre todo á tu edad, en que requiere un cuidado incesante y algunos remedios. Cada cuarto de hora bien ó mal empleado, le hará un daño ó un beneficio esencial y permanente. También requiere mucho ejercicio para llevarla á un estado saludable y vigoroso. Observa la diferencia que se encuentra entre las almas cultivadas y las que no lo están, y no dejarás de conocer que no puedes tomarte demasiado trabajo ni emplear tiempo suficiente en el cultivo de la

tuya. Un carretero ha nacido probablemente con tan buenos órganos como Milton, Locke ó Newton (a); pero estos grandes hombres son tan superiores al carretero, como éste lo es á sus caballos. Verdad es que algunas ocasiones se han visto descollar genios extraordinarios por sólo la fuerza de la naturaleza y sin los socorros de la educación, pero estos ejemplares son muy raros para que cada uno se crea el privilegiado; y aun estos grandes genios brillarían mucho más, si agregasen á sus excelencias las ventajas de la educación. Si el genio de Shakespeare hubiese sido cultivado, veríamos aquellas bellezas que tan justamente atraen nuestra admiración, libres de la extravagancia y de la monserga que las deslucen muy á menudo. En general, los hombres son obra de la educación y de la compañía que frecuentan, y esto de quince á veinticinco años; razón por la que debes considerar bien, la importancia que tienen tus ocho ó nueve años próximos; todo tu porvenir depende de ellos. Quiero manifestarte sinceramente mis esperanzas y temores respecto á ti. Me parece que serás hombre instruido, y que adquirirás un acopio considerable de erudición y de conocimientos de varias especies; pero temo que mires con negligencia lo que se llaman bagatelas, y que en realidad no son sino cosas muy esenciales: quiero decir, unos modales finos, un porte atractivo y una conducta insinuante, cosas todas de real y sólida ventaja, que sólo los que no conocen el mundo pueden tener por bagatelas. Se me ha dicho que hablas con mucha aceleración, y que no pronuncias distintamente; este es un hábito de lo más feo y desagradable; sabes que te lo he reprendido mil veces, y hoy vuelvo á encargarte que pongas el mayor cuidado para corregirlo. Una pronunciación clara y agradable, agrega mucho peso á la materia; y yo he visto no hacerse caso alguno de discursos muy buenos, por la desagradable manera de pronunciarlos, y aplaudir otros mediocres por la razón contraria. Á Dios.

(a) Peut-être qu'un Virgile, un Cicéron sauvage,
Est chante de paroisse ou juge de village.

(VOLTAIRE.)

Tr.

LONDRES, 15 de Abril de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Aunque después de mi última carta no puedo acusar recibo de ninguna tuya, no quiero dejar pasar tres correos en blanco. Mi ternura me incita siempre á escribirte, y la esperanza de que mis cartas no te sean del todo inútiles me anima á ponerlo en obra. Es probable que la presente llegue á tus manos en lo más caliente de la feria de Lipsia. M. Harte me dice que ibas á lucir en las fiestas un lujoso vestido, en medio de personas elegantes. Me alegro mucho de ello, porque ya es tiempo de que comiences á formarte y adoptar las maneras de las personas de primer orden. Las cortes son las mejores escuelas para esta especie de estudio. Tú comienzas ahora por ver la exterioridad y aparato de una corte, y no hay ninguna más ostentosa que la de Sajonia. Atiende á ella; observa sus formas y maneras para que en lo venidero puedas compararlas con las de otras cortes que verás; y aunque todavía no te hallas en estado de penetrar su conducta política y sus máximas, puedes sin embargo reparar en sus formas, en sus ceremonias y en toda su exterioridad. Á lo menos, mira cuanto fuere posible, y no andes corto en preguntas para conocer lo que estuviere á tu alcance. Mira igualmente todo lo que hubiere en la feria, las óperas, las comedias y hasta el totilimundi de los saboyardos. Todas las cosas merecen que las veamos una vez, y mientras más vemos y examinamos, menos expuestos estamos á asombrarnos y admirar sin razón.

Presenta mis cumplidos á M. Harte, manifestándole que en este mismo momento recibo su carta que le agradezco. Vienen á buscarme para salir de casa, y por esta razón es mi carta tan corta. Á Dios. Estoy impaciente por recibir contestación á las diversas preguntas que te tengo hechas.

LONDRES, 26 de Abril de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Me place infinitamente que sigas ocupándote de la historia de la reforma, por ser una de aquellas épocas importantes que me-

recen toda tu atención, y que te informes de sus pormenores con la más escrupulosa exactitud. Sin duda que has reflexionado sobre las causas de este grande acontecimiento, y observado que la avaricia malograda y el resentimiento tuvieron más parte en él, que el verdadero celo por la religión, ó el aborrecimiento á los errores y abusos del papado.

Lutero, fraile Agustino, irritado de que su orden, y por consecuencia él mismo, no tuviese el privilegio exclusivo de vender indulgencias, y de que se hubiese hecho á los Dominicanos partícipes en aquel lucrativo é infame comercio, se convirtió en reformador, y clamó contra los abusos, la corrupción y la idolatría de la iglesia romana; cosas que eran ciertamente bastante grandes para que él no las hubiese visto antes; pero se conformó con ellas hasta que vió atacar lo que él llamaba derecho, y que no era sino el provecho de su orden. Verdad es que la iglesia de Roma ministró á Lutero abundante materia para queja y reforma, y éste supo explotarla hábilmente. Esta me parece haber sido la verdadera causa de aquella necesaria y grande obra; pero cualquiera que la causa fuese, el efecto fué bueno; y la reforma se esparció por su propia virtud y lo favorable de las circunstancias: fué muy bien recibida por muchísimas personas en Alemania y otros países; poco después entró en la política de los príncipes, y como sucede siempre en las disputas religiosas, se convirtió en máscara de la injusticia y de la ambición.

Bajo pretexto de extinguir la herejía, según la expresión común, la casa de Austria trató de extender y fortificar su poder en el imperio; por otra parte, muchos príncipes protestantes, pretendiendo extirpar la idolatría, ó á lo menos asegurar la tolerancia, no pensaron más que en aumentar sus propios dominios y extender sus privilegios. Miras particulares como éstas entre los caudillos de ambos lados, mucho más que motivos religiosos, sostuvieron en Alemania, casi sin cesar, aquellas guerras llamadas de religión, hasta que el tratado de Múnster arregló de una manera definitiva los negocios religiosos de ambos partidos.

Si trazando una multitud de acontecimientos históricos se remontase á sus verdaderas causas, temo que no las encontrásemos mucho más nobles ni desinteresadas que la malograda avaricia de Lutero; y por esto miro con algún desprecio á aquellos refinados y sagaces historiadores que atribuyen todo, aun los acontecimientos más comunes, á profunda política, sin considerar que el género humano se halla compuesto de contradic-

ciones y de inconsecuencias, y que ningún hombre obra invariablemente en consonancia con su carácter distintivo. El hombre más sensato puede obrar á veces con debilidad (a) y el más débil con sensatez. La oposición de nuestras pasiones, la variedad de nuestros humores, y aun nuestro mayor ó menor grado de espíritu y de fuerza, producen tantas contradicciones en nuestra conducta, que en mi opinión, las personas que se engañan más á menudo, son aquellas que atribuyen nuestras acciones á los motivos más obvios y aparentes; y estoy convencido de que una cena ligera, un buen sueño y una hermosa mañana han hecho muchas veces un héroe del mismo hombre que por una indigestión (b), por una noche inquieta y por una mañana lluviosa, se habría manifestado cobarde. Así pues, nuestras mejores conjeturas en cuanto á los verdaderos móviles de nuestras acciones, son de lo más inciertas; y de la historia no debemos esperar más que el simple conocimiento de los hechos. Que César fué asesinado por veinte y tres conspiradores, no lo dudo; pero sí dudo mucho que el amor de éstos á su libertad y á la de su patria, fuese su único ó aun su principal móvil; y me atrevo á decir que si nos fuese conocida la verdad, hallaríamos que concurren varios otros motivos en esta muerte, aun en el gran Bruto; tales como arrogancia, envidia, pique personal y malogro de algunas miras. Mi pirronismo va tan lejos, que no puedo menos de extenderlo á los mismos hechos históricos, ó á lo menos á muchas de las circunstancias con que son relatados. La experiencia diaria me confirma en esta especie de incredulidad. ¿Oímos acaso referir los hechos más recientes de la misma exacta manera por los individuos que los atestiguan á la vez? No, este se engaña, aquel falsifica, y los otros se desvían un poco, según la propensión de sus almas ó de sus intereses particulares. Un hombre que ha tomado parte en una transacción, no la escribirá con exactitud, y otro que no la presencié no puede hacerlo. Pero á pesar de estas incertidumbres, el conocimiento de la historia no es menos necesario, puesto que las mejores historias son el asunto frecuente de la conversación y de los libros; y aunque yo estoy convencido de que la sombra de César jamás se apare-

(a) Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiæ (SÉNÉCA.)

(b) La vie et la mort des meilleurs citoyens, le sort d'une province, ont souvent dépendu de la bonne ou de la mauvaise digestion d'un souverain bien ou mal conseillé (VOLTAIRE). Tr.

ció á Bruto, sin embargo, me avergonzaría mucho de ignorar este hecho como referido por los historiadores de aquellos tiempos. Lo mismo sucede con la mitología, que presta materia para los escritos y conversaciones sin que sea creída de nadie; y hablamos de Júpiter, de Marte, de Apolo etc. como dioses, aunque sepamos que si realmente existieron, fué puramente como simples mortales. Por consiguiente, el pirronismo histórico no prueba nada en contra del conocimiento ni del estudio de la historia, que entre todos los estudios es el más necesario para un hombre que debe vivir en el mundo. Nos enseña únicamente á no ser muy decisivos ni perentorios en nuestros juicios, y á usar de precaución al sacar consecuencias para nuestra propia observancia de hechos remotos, relatados con parcialidad ó ignorancia, y de cuyos móviles no podemos formar, á todo rigor, más que conjeturas muy imperfectas, sin que nos sea dado saber lo cierto. Los testimonios de la historia antigua deben necesariamente ser más débiles que los de la moderna, en razón de que todo testimonio se debilita á medida que se aleja de nosotros. Por esto te aconsejaría yo que estudiases la historia antigua en general, como lo hacen otras personas; esto es, para que no ignores ninguno de aquellos hechos recibidos por todo el mundo bajo la fe de los mejores historiadores; y sean falsos ó verdaderos los conocerás como los demás. Mas en cuanto á la historia moderna, desearía que la estudiases con la mayor atención y la más escrupulosa exactitud. La probabilidad de saber lo cierto es mucho mayor en la historia moderna, porque los testimonios son más recientes, y tienes además el socorro de una multitud de memorias, de anécdotas y de cartas originales.

Ya es tiempo de terminar esta divagada carta. Si hay en ella algo que pueda serte provechoso, consideraré bien recompensado el trabajo que me he dado al escribirla. Á Dios. Tuyo.

LONDRES, 10 de Mayo de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Calculo que recibirás esta carta en el momento preciso de tu regreso de Dresde, adonde fuiste á correr tu primera *caravana* de corte. No puedo saber si este ensayo te ha inspirado alguna inclinación por las cortes; pero tengo muy buena opinión de ti para estar seguro de que al dejar á Dresde has dejado también la

disipación, y vuelto á tomar en Lipsia el hilo de aquellos estudios que, si te inclinan las cortes, pueden sólo habilitarte para brillar en ellas. Un simple cortesano, sin prendas y sin conocimientos, es el más frívolo y despreciable de todos los seres; así como por el contrario, el hombre que ha cultivado su espíritu, y que posee las maneras nobles y desembarazadas de una corte, es el hombre cabal. La observación de que las cortes son los asientos de la falsedad y de la disimulación, es de lo más trillada; pero podría decir que es tan inexacta como la mayor parte de las observaciones generales. La falsedad y la disimulación se encuentran ciertamente en las cortes, pero ¿en dónde no se encuentran? Habitan las cabañas (a) así como los palacios, con sólo la diferencia que en las primeras se hallan acompañadas de malas maneras. Dos labradores vecinos de un lugar, inventarán y practicarán tantos artificios para engañarse mutuamente en el próximo mercado, ó para ganar la preferencia en el favor de su amo, como lo harán dos cortesanos para suplantarse en el valimiento de su príncipe. Por más que dijeren los poetas ó creyeren los necios, de la inocencia y sencillez del campo y de la perfidia de las cortes, es una verdad fuera de toda duda, que pastores y ministros son igualmente hombres, con naturaleza y pasiones idénticas, y que sólo difieren en el modo de obrar (b).

(a) Hablando de una aldea dice cierto personaje de comedia :

Aquí la sórdida envidia
Tiene fijado su imperio;
Aquí á la voz de la sangre
Se impone un atroz silencio;
Aquí el noble es orgulloso,
Y envilecido el plebeyo;
Aquí hay discordias, intrigas,
Calumnias, rencores, pleitos,
Señoritos malcriados,
Y hasta pedantones necios.
La urbanidad ni se sueña;
La ignorancia está en su centro;
Se atropella á la justicia;
Se apalea al forastero;
Se llama alegre al borracho;
Al desvergonzado ingenuo;
Al asesino valiente, etc.

(BRETÓN DE LOS HERREROS.) Tr.

(b) También como en la corte
En la aldea se anida

Habiendo hecho mención de las observaciones triviales que pasan por decirlo así á proverbios, quiero precaverte muy particularmente contra su uso, su creencia ó su aprobación. Son el tema común de hombres chocarreros y presumidos; las personas de verdadero entendimiento las desprecian altamente, y aun tienen á menos reír de las sandeces que profieren estos pretendidos ingenios sobre tales materias.

La religión es uno de sus asuntos favoritos; todo en ella es artimaña clerical ó invención ideada y sostenida por los ministros de todas las religiones para aumentar su autoridad y lucro; y de este falso y absurdo principio parte el lugar común contra el clero, llenándolo de injurias y de insípidas burlas. Para tales gentes los sacerdotes de todas las religiones son unos incrédulos declarados ó encubiertos, unos ebrios y disolutos; cuando al contrario yo creo que los sacerdotes son exactamente parecidos á los demás hombres, y que no valen más ni menos por llevar sotana ó sobrepelliz; si difieren de los otros hombres, es probablemente más bien por el lado de la religión y de la moralidad, ó á lo menos, la decencia de su educación y manera de vivir.

Otro tema ordinario del falso ingenio y de la chocarrería, es el matrimonio. Todo hombre y mujer casados se odian cordialmente

El vicio, la falacia
La ambición y la intriga.
También la envidia reina
Y su rencor se abriga,
Y el mérito allí tiene
También quien le persiga.
Siempre es el hombre el mismo
Donde quiera que viva,
Y son sus sentimientos
Los que sus obras guían.
Y se anhela en la aldea
La vara de justicia,
Cual el puesto en la corte
Ó la encomienda rica.
Envidia la duquesa
El diamante que brilla,
Y una aldea á otra
Envidia la gallina.
Al grande le envanece
Su cuna esclarecida,
Y al labrador las yuntas
Que su vecino admira.

(Doña VICENTE GUTIÉRREZ.) Tr.